



APICULTORES

En cuanto abrí los ojos y vi que los rayos de sol se colaban a través de la persiana, me puse en pie de un salto.

—¡Ya es de día, Erik! —dije zarandeando a mi hermano para que se despertara.

Estaba muy nerviosa. Ese viernes no iba a ser un día cualquiera.

—¿Ya? Pero si hoy no hay cole, déjame dormir.

—¡Las abejas, Erik! ¿No te acuerdas?

Mi hermano se frotó los ojos antes de estirarse. Parecía un oso despertándose después de dormir durante todo el invierno.

—¡Es verdad, los trajes! —exclamó levantándose.



Por fin íbamos a estrenar los trajes de apicultor que nos había traído Olentzero. Eran iguales que el que usa nuestro aita, pero de nuestra talla.

Igual no sabéis a qué me refiero... Es que nuestro padre, Jon, es apicultor. Tiene un montón de colmenas. Se dedica a recoger la miel que hacen las abejas. Un trabajo así no se puede hacer sin protección, porque las abejas podrían picarle. Por eso tiene un traje especial, que le protege de ellas. Y ahora nosotros podríamos ayudarle.

—¿Ya estáis despiertos? —nos preguntó aita asomándose a nuestro cuarto—. Ojalá fuerais tan rápidos los días de cole.

—¿Dónde están los trajes?

Aita se echó a reír.

—Primero venid a desayunar. El trabajo de apicultor no puede hacerse con hambre.

Erik y yo nos miramos con cara de fastidio. Estábamos deseando ir a las colmenas. Pero el



olor a pan tostado que llegaba de la cocina enseguida nos abrió el apetito.

—Buenos días, apicultores —nos saludó ama con la taza de café en la mano.

—¿Tú también vendrás? —le pregunté después de beberme de trago el zumo de naranja.

Ama puso cara de pena y dijo que no con la cabeza.

—Me encantaría, pero tengo que ir a trabajar. Yo hoy no tengo fiesta.

—Vaya rollo —protestó Erik.

—Mañana tengo campeonato de surf. ¿Vendréis a verme? —preguntó nuestra madre.

—¡Claro! —exclamamos los dos a la vez.

Las tostadas estaban riquísimas, sobre todo con un poco de miel. Erik prefiere la mermelada. La de fresa es su preferida, pero a mí me gusta más la miel.

—Aquí tenéis vuestros trajes de jóvenes apicultores —dijo aita en cuando acabamos el desayuno.

Eran muy blancos, tanto como las nubes, y tenían un sombrero del que caía una red que nos cubría toda la cara.

—Pareces un astronauta —le dije a Erik.

—¡Y tú!

Mi hermano se puso a andar despacio y con grandes zancadas, como si caminara por la luna. Aita y yo nos echamos a reír y le imitamos mientras íbamos camino de las colmenas. Estaban junto a un arroyo, a la sombra de unos robles y rodeadas de un montón de campas repletas de flores de to-





dos los colores. El zumbido de las abejas se oía por todos lados.

—¿Qué es esto? ¿Quién tira basura aquí? —dije agachándome a recoger una botella de plástico. Había otras alrededor, muy cerca de las colmenas.

Aita me dijo que no las tocara.


—No es basura. Son trampas caseras que preparo con jarabe de arándanos para cazar avispas asiáticas.

—¿Esas tan grandes? —preguntó Erik.

—Sí, esas mismas. Llegaron de Asia hace pocos años en un barco que las trajo por error y desde entonces son un peligro para nuestras abejas.

—¿Por qué? —yo no entendía nada.

—Porque se las comen. Entran a las colmenas y no paran de devorarlas hasta acabar con todas las que encuentran. Por eso hay que intentar cazarlas.



Erik se detuvo a mirar una de las botellas que había entre la hierba.

—¿Y las cazas con jarabe?

Aita dijo que sí con la cabeza. Casi no le veíamos la cara, oculta detrás de la red de su traje.

—Entran en la trampa y después no saben salir —explicó antes de acercarse a la primera colmena—. Voy a abrirla. ¡Tened cuidado!

Antes de retirar la tapa introdujo humo con un ahumador.

—Esto es para atontar a las abejas. Así no están tan nerviosas cuando las incordiamos.

Después abrió la colmena con suavidad y se asomó al interior. Yo le imité, pero Erik se apartó de un salto.

—¿Seguro que no nos picarán?

—Venga, no seas tan miedoso. Con el traje no te harán nada —le dijo aita apoyándole la mano en el hombro.



Yo no podía ni abrir la boca. Estaba maravillada viendo lo que había allí dentro. Miles y miles de abejas que se movían sin parar. Era increíble. Miraras a donde miraras no veías más que abejas. Unas revoloteaban inquietas alrededor de nosotros, pero la mayoría se amontonaba sobre los panales. Aita cogió uno y nos lo enseñó.

—¿Veis? Esto que tengo en la mano es un panal, donde la abeja reina pone los huevos. Cada celda de este panal, y hay muchísimas, acoge un huevo. Después las demás abejas de la colmena van a buscar polen para transformarlo en la miel con la que alimentar a las crías.

—¿De qué están hechas las celdas? —preguntó Erik acercándose con cara de desconfiado.

—De cera. Después la separaremos de la miel y nos servirá para hacer velas.

Con cuidado, fuimos sacando los panales. Las abejas se ponían nerviosas cuando lo hacíamos y algunas se posaban en la redecilla que nos protegía la cara. La verdad es que asustaba un poco verlas tan cerca.

—¡Ay! ¡Ya me han picado! —exclamó Erik de repente.

Se daba golpes en la espalda mientras corría a un lado y a otro. Me dieron ganas de reírme, pero me aguanté. A mí no me gustaría que nadie se burlara de mí si me pica un bicho.

—No te muevas —le advirtió aita—. Las estás poniendo nerviosas.

—¡Me duele! —protestó Erik apretando los dientes.

Tenía la misma cara que se te pone cuando muerdes un limón.

Aita le cogió del brazo y lo acompañó a un lugar alejado de las colmenas. Le ayudó a quitarse el traje y le dio un poco de crema en la picadura.

—Tranquilo. No pasa nada. A veces una abeja se cuelga dentro del traje y te pica. En un rato se te pasará el dolor.

—¡Es que duele mucho! ¿Por qué son tan malas? —se quejó Erik.

—No son malas. Solo pican si se ponen nerviosas. ¿A ti te gustaría que alguien abriera el techo de tu cuarto y empezara a hurgar en tus cosas?

Erik suspiró.



—No quiero volver a acercarme —dijo sentándose en una roca—. Os veo desde aquí.

Aita suspiró.

—Venga, vamos a casa. Ahora separaré la miel de la cera y la introduciré en tarros. ¿Qué os parece si me acompañáis mañana al mercado a venderla?

—¿Al mercado? ¡Sííí! —exclamamos Erik y yo al mismo tiempo.

Todavía celebrábamos la idea cuando recordamos el campeonato de surf. A nuestra madre le iba a dar pena que no fuéramos con ella, pero lo entendería. Al fin y al cabo, días de surf había muchos y mercado solo uno cada mucho tiempo.

—¿Y podremos llevar a algún amigo?

—Claro. Y además nos quedaremos a dormir por allí, que el mercado dura dos días —decidió aita.

Erik y yo estallamos en vivas. Iba a ser el mejor fin de semana de nuestra vida. Mercado, noche fuera... Y encima con nuestros amigos. Estábamos deseando entrar en casa para coger el teléfono y empezar a invitarles.



BIZCOCHO DE MIEL

—¿Quién me quiere ayudar a hacer bizcochos de miel? —preguntó amama asomándose a la habitación.

No hizo falta que nos lo pensáramos. Los dos nos pusimos en pie de un salto. Nos encanta hacer de pasteleros: batir los huevos, añadir la harina, la miel, untar el dedo para probar si está bueno... Y encima el bizcocho de miel que prepara amama es el mejor del mundo. ¿Cómo íbamos a decir que no?

—Qué rápido os ha convencido —se burló ama al vernos aparecer por la cocina—. Poneos los delantales, que nos conocemos y seguro que acabáis cubiertos de miel.